

para este fin, y sola y esencialmente para él posea todas sus aptitudes, todas y cada una de sus fuerzas, todo el patrimonio de las dotes y talentos de que le ha dótado tan liberalmente la sabiduría de Dios.

La historia de la filosofía de los últimos cien años registra muchos nombres que son el oprobio de nuestra patria alemana; pero en cambio hé aquí las palabras de un filósofo de quien tenemos razón para gloriarnos. «Las primicias,» dice Leibniz, «y la flor, por decirlo así, más galana de todas las cosas, incluso las bellas artes, á Dios se deben dedicar. La poesía entera, arte en cierto modo divino, lengua en que hablan los ángeles, ninguna otra cosa puede hacer más noble y sublime que cantar cuan suavemente le sea dado, himnos, y celebrar con todo género de alabanzas la gloria de Dios: así se creyó cuando este arte vivía todavía en la infancia; y este mismo sentimiento debe animarla para siempre. Lo mismo debe decirse de la música, hermana gemela de la poesía. En ninguna otra cosa muestran mejor los buenos arquitectos la excelencia de su arte, ni los príncipes su magnificencia, que en levantar los unos con su ingenio y los otros con su protección templos y basílicas y otras obras destinadas á promover el honor de Dios y el culto que le es debido..... No hay ciencia ni arte alguno que no deban cifrar su gloria en

servir de medio para que sea engrandecido el nombre del Señor» (1).

## XXVI.

Manifestaciones especiales de las bellas artes. Orden segundo: artes virtualmente bellas.

145. Si las bellas artes no tuvieran absolutamente relación alguna con nada distinto de ellas, y poseyeran el privilegio de no servir de medio

(1) *Omnium rerum atque artium primitiae atque, ut ita dicam, flos delibatus Deo debentur. Et totius poseos (quae quasi divini quaedam eloquentia est, et velut lingua angelorum) non alius usus potior et olim creditus fuit inter ipsa artis incunabula, et nunc quoque videri debet, quam himnos canere et Dei laudes quam exquisitissime celebrare. Idem de musica judicari debet quae poseos soror gemela est; et non alia in re excellentes architecti artem suam, principes magnificentiam, rectius ostentant, quam in templis aut basilicis, aliisque operibus quae ad honorem Dei et pias causas destinantur, exstruendis atque procurandis. Leibnit. Syst. Teolog. ad Lacroix (Lut. Paris 1845.) p. 47.*

*Quam aliam ob causam legimus vel audimus historias, quam ut imagines earum in memoria nostra depingantur? Sed eae quum admodum fluxae sint nec semper distinctae satis et lucidae, pro magno Dei munere ars pingendi, sculpendique habenda est, quo imagines durabiles nanciscimur quibus res accuratissime et vivacissime addo et pulcherrime exprimuntur, quarum inspectione, (cum originalia semper consulere non liceat,) imagines internae renouentur, et quasi sigillo cerae applicato, profundius menti imprimantur. Et quum tam excellens sit usus imaginum, ubinam quaeo rectius adhibebitur, quam ubi maxime utile est imagines memoriae nostrae durabilissimas atque efficacissimas esse, hoc est, in negotio pietatis ac divini honoris? Praesertim quum supra monuerimus omnium artium et scientiarum (adeoque et picturae) usum in colendo Deo potissimum elucere debere. Leibnit. l. c. p. 50.*

para ningun fin, preciso seria confesar que la moderna estética habria procedido con una lógica más aguda que de ordinario, excluyendo del número y categoría de las bellas artes á dos, y negándose á concederles á estas dos otro derecho que el de ser tenidas á lo sumo por «relativamente bellas» ó «semi-libres (1).» Una de las cuales, sin embargo, fué reputada en la antigüedad clásica por reina de las artes (*Regina artium*); y la otra proporcionó admirablemente á la Edad media sus más espléndidas coronas: no parece sino que los gigantes y duraderos monumentos que esa edad levantó dando así testimonio de su génio creador, tienen un aspecto triunfante, con que parecen desafiar á razas máspreciadas de inteligencia y á siglos más ilustrados. Si el antiguo con su clasicismo ha triunfado ó no de su competidor, punto es ya hacer tiempo resuelto; de lo cual no tiene por qué avergonzarse, toda vez que la «arquitectura semi-libre» no goza de la misma gerarquía.

Ya indicamos en el epígrafe respectivo á los párrafos 20 y 21, que no juzgamos completo el número de las bellas artes á contar únicamente las seis arriba dichas; en el hecho de haber hablado de las que pertenecen al orden primero, dimos claramente á entender que hay otras pertenecientes al segundo. Cuando advertimos que

(1) Ficker. Estét. §. 92. Krug. Estét. §. 59, nota . y §. 69.

solo aquellas seis pueden ser por sí mismas y puramente bellas artes, añadimos esta restricción: «en cuanto atendemos exclusivamente al oficio de las bellas artes, consideradas como tales.» Así que á las seis artes mencionadas las calificamos de *formalmente* bellas, es decir, considerámoslas como manifestaciones del arte bella, sin decir más, cuyo fin próximo se reduce á cumplir con el oficio de las bellas artes, y cuya esencia comprende únicamente lo que toca á la esencia de toda arte bella, bien que determinada ó modificada por el medio representativo que respectivamente usan.

Para tratar de las artes de orden segundo, en que ahora queremos ocuparnos, segun que forman una clase distinta de las que componen el orden primero, aunque originada de ellas, y segun que es razon contarlas, no con ménos justicia de la que asiste para lo mismo á las primeras, entre las bellas artes, tomada esta expresion en sentido propio y perfecto; tenemos que volver la vista á lo que dijimos en el párrafo último. El derecho con que un arte cualquiera pretende llegarse al rango y dignidad de bella, es muy dudoso cuando en vez de mirar únicamente á proporcionarnos la percepcion y deleite de la belleza, yendo todavia más allá, aspira por este medio á otros fines superiores.

¶ Pero á esta proposicion se le debe añadir otra por via de complemento. Que una produccion del

ingenio sirva para algun fin determinado, distinto esencialmente del deleite de la belleza, y que no obstante sea al mismo tiempo un medio de llegarse el ánimo á la percepcion y deleite de ella, cosa es que no implica contradiccion alguna. ¿Por ventura no resplandece en la naturaleza visible, no resplandece en la Iglesia visible, no brilla asimismo en el hombre una belleza suprasensible, vivo reflejo de la belleza por esencia oculta á nuestras miradas? Pero la sabiduria de Dios no ha difundido en esas cosas la belleza solo porque gustemos nosotros el placer que nace á su aspecto. Toda arte por consiguiente que obedeciendo con fidelidad á lo que pide su objeto, dispone sus obras de modo que encierren los elementos todos que constituyen la esencia de una produccion caleotécnica, los que á su vez convienen tanto al oficio de las bellas artes; toda arte, decimos, de esa especie tiene un derecho perfecto á ser contada en el número de las que se apellidan artes *bellas*, tomada esta palabra en su acepcion rigurosamente propia. ¿Pues qué dificultad puede haber en que una obra esté adornada de las propiedades en cuya virtud nos proporciona la aprehension y deleite de la belleza, y al mismo tiempo reuna otras propiedades que, unidas con las primeras y solo existiendo esta union, le den asimismo virtud para elevar los ánimos á otro fin distinto? No decimos que este otro fin pueda constituirlo el

cumplimiento de un deseo cualquiera arbitrario, ó cualquiera necesidad práctica; antes acaece respecto de la mayor parte de los fines prácticos que mueven al hombre, que si quisiéramos alcanzarlos por medio de las bellas artes, el resultado seria sacrificarlos de hecho. Pero hay ciertos fines cuya consecucion exige el uso de medios que á su vez efectúan cumplidamente el plan de las bellas artes; los cuales fines, guardada la debida proporcion, solo entonces son alcanzados, cuando los medios que empleamos con este intento, encierran todos los elementos que constituyen esencialmente la obra de alguna de las bellas artes. Los fines á que aludimos son precisamente los más altos que hay entre todos los que podemos proseguir en la presente vida: hablamos del objeto de las dos artes indicadas en el principio de este párrafo, y además del objeto de la liturgia.

#### I. LA ELOCUCENCIA EN SU PUNTO MAS ELEVADO.

146. La elocuencia en su sentido más elevado es el arte de exponer por medio de la palabra el bien del orden moral de modo que la exposicion sea apta para mover la voluntad del auditorio á quererle con ánimo determinado y eficazmente, y por tanto á tomar el amor del bien moral como fuerza impulsiva de sus acciones y de su vida

entera (1). Todo discurso que convenga con este concepto de la elocuencia, habrá de contener cuantos elementos se encierran en la esencia de las producciones de las bellas artes, ó lo que es lo mismo, habrá de despertar en nosotros con una bella exposicion oral representaciones pertenecientes al orden de cosas que percibimos de un modo inmediato, las cuales nos procuran la viva aprehension de objetos bellos de orden suprasensible con el placer inherente á su contemplacion; y cierto no por algun accidente casual, sino de necesidad y con propósito deliberado cumpliendo lo que pide su propio fin. Esto puede decirse así de la elocuencia profana como de la sagrada, aunque de esta última en grado

(1) Elocuencia en general (ó elocuencia en el sentido más lato de esta palabra, *ars dicendi*) es el arte de hablar bien, es decir, de un modo conforme al fin que se propone el que habla. Este fin, atendidas las relaciones de las cosas con el espíritu racional (51), puede ser en general triple; y de aquí que la elocuencia sea susceptible de tres diferentes direcciones: puede ser por consiguiente considerada como puramente instructiva (prosa didáctica ó histórica), como elocuencia superior (ó simplemente elocuencia, *eloquentia*), y como poesía. La pobreza de nuestra lengua (la alemana), que á diferencia de la latina, carece de nombres especiales para el género y las dos primeras especies de él, ha sido causa de mucha confusion de ideas.

La definición que hemos dado de la elocuencia superior es la traduccion fiel, aunque ampliada, de la dada por Ciceron (de or. 1. n. 138. 260 de inv. rhet. 1. n. 6.) y San Agustin (de Doctr. chris. 4. c. 25); «*Eloquentia est ars dicendi accommodata ad persuadendum.*» Emilio Lefranc, autor de un manual francés de Retórica (*Traité de littérature*, t. 3, p. 2), ha censurado esta definición, y otros le han seguido; pero sus objeciones son sofísticas, y las vagas definiciones con que ha querido sustituir la de Ciceron, ó no dicen nada, ó repiten lo que dice el orador romano.

muy superior, en cuanto se muestra en discursos panegiricos ó parenéticos (1).

Esta asercion pide á la verdad ser explicada y demostrada con razones próximas; pero no queremos engolfarnos en ellas en la presente obra, sino dejámoslas para exponerlas, si el Señor es servido, en otro tiempo y lugar. Punto es este que ha menester ser ilustrado por medio de conceptos tanto más profundos (los cuales nos llevarian demasiado léjos), sobre todo con relacion á la elocuencia sagrada, cuanto son más vagas y erróneas las ideas que reinan en muchos acerca de él, cuanto son por tanto más inconducentes de una parte los medios con que muchos predicadores procuran predicar «bellamente», y cuanto con ánimo más resuelto, por efecto de esto mismo, se suele asentar de otra parte el principio de que la elocuencia sagrada no conoce el medio de la belleza, la cual no puede ser buscada en el púlpito sin profanar la divina palabra y la cátedra del Espíritu Santo. Los que así sienten, solo se fundan en una mala inteligencia y confusion de ideas; pues aunque muchos oradores parecen justificar esa opinion con su modo de predicar, esto nace de que van

(1) La definición de aquella direccion de la elocuencia espiritual que aquí consideramos, se dá fácilmente diciéndose en vez de «el bien del orden moral» que se lee en la definición que hemos dado de la alta elocuencia, «el bien del orden sobrenatural.»

en busca de un fin del cual no conocen sino el nombre.

Una breve observacion es bien hacer sin embargo aquí. El escritor francés citado arriba y algunos otros con él se limitan simplemente á negar que la elocuencia sea arte. Si esto fuera así, no tendríamos nosotros ciertamente razon para incluirla entre las bellas artes. Pero entonces, ¿qué es la elocuencia? Una facultad, dicen; como si la facultad de hacer alguna cosa bajo la direccion de la razon para conseguir algun fin, no fuese propiamente arte, tomada esta palabra en su sentido subjetivo (89). «La elocuencia no es arte, porque», así discurre Lefranc, «porque el arte no consiste en otra cosa que en la imitacion» (1). Es evidente que este autor tenia ante los ojos, al decir esto, el principio de Batteux, que el arte debe consistir en la imitacion de la bella naturaleza. Ya vimos en su lugar lo que vale este principio. Pero aun en la suposicion de que fuese verdadero, no dejaria de ser sin embargo la argumentacion de Lefranc un mal paso dado con harta ligereza. Al mismo Batteux no se le ocurrió que su principio pudiera componerse con la idea de Lefranc; de otro modo en su «Introduccion á las bellas letras» no hubiera puesto á la elocuencia al lado de la

---

(1) L'eloquence n'est point un art, plus qu'un art n'est jamais qu'une imitation. Rethorique, p. 1.

pintura, y de la poesia y dramática, ni le hubiera consagrado exclusivamente mas de la mitad de la tercera parte de su obra.

## II. ARQUITECTURA CATÓLICA.

147. No á toda especie de arquitectura le damos lugar entre las bellas artes, sino únicamente á la católica, como dice el epigrafe. La Iglesia de Dios, como sociedad visible que es, en cuyo seno el «Santo de Israel habita y es glorificado», segun dice el Profeta, ha menester edificios destinados á dos fines. Porque lo primero es necesario disponer una morada digna del Dios de los ejércitos, que dia y noche permanece entre sus fieles en el Santísimo Sacramento; y lo segundo, debe haber espacio proporcionado donde se reunan los fieles para asistir al santo sacrificio, para recibir los santos sacramentos, para oír la palabra de Dios, y para los otros ejercicios espirituales del divino servicio. El lugar consagrado á este doble fin, aun cuando sea el oscuro recinto de las catacumbas, y consista en una bóveda subterránea, representa siempre aquella casa de la cual dijo el Señor al despedirse de sus discípulos y consolarlos con motivo de su partida: «En la casa de mi Padre hay muchas moradas.» Por esto en el aniversario de la dedicacion de la Iglesia empieza la santa misa por las palabras que tantos